



Por M. Campa

CONCURSO FOTOGRAFICO

Aunque con un poco de retraso nos han llegado a Gijón aires aperturistas. Cuando va quedando como hermoso recuerdo de primavera la pasada y pía experiencia liberal, todavía alcanzan estas latitudes algunas licencias informativas. Porque —¡nada menos!— ha sido convocado por la Comisión Municipal de Turismo y Festejos un concurso de fotografías sobre la villa. Imagine el lector que en Madrid se convocara un concurso fotográfico sobre cualquier aspecto de la vida nacional. ¡Ahí es nada, desafiar la imagen exacta de la realidad! Pues bien, este heroísmo increíble de mirarse en un espejo plano y limpio acaba de ser acometido por nuestro Ayuntamiento. No se indica en las bases del concurso si se proporcionarán carretas antiguas a los visitantes de la exposición, aunque es de esperar que esta providencia se tome sobre la marcha, especialmente para los que no profesan un casticismo localista a ultranza. Porque allí habrá, por lo pronto, fotos de los lugares más dispares de la ciudad, empezando por los habitualmente frecuentados.

Llega un forastero al puerto viejo —rincón milagrosamente salvado de los especuladores—, se asoma al rompeolas y se encuentra con los desagües de una de las cloacas de Cimadevilla. Lo más grave del caso es que este lugar sirve de paseo diario a buen número de personas y que un gasto municipal mínimo (recuérdese el superávit de cada año) evitaría el desagradable espectáculo. La suciedad de la villa se ha hecho proverbial. Hace unos meses, Luisa Balanzat denunciaba esto en uno de sus artículos semanales bajo el título de «kakalandia». Más recientemente, Manolín Fernández —mi homónimo y amigo— analizaba el mismo problema

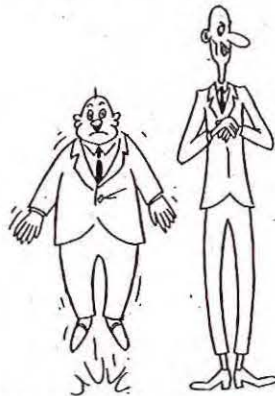
en las páginas de «El Comercio» poniendo —como es deber de todo informador— el dedo en la llaga. La limpieza de la ciudad, una vez contratada a una empresa tras la subasta correspondiente, ha sufrido continuos incrementos en los costos hasta casi cuadruplicar el precio inicial en cinco años. Es más, parece que uno de esos incrementos se ha hecho público ahora, casi por casualidad, puesto que no figuró en el orden del día en la reseña dada a la prensa de la sesión municipal correspondiente.

Hemos empezado por los kilos de pan de novecientos gramos y la tonelada de carbón de ochocientos kilos en una especie de demagogia colectiva a nivel nacional, consistente en no llamar una sola cosa por su nombre y, ahora, ni los sobres lacrados con las cifras de una subasta tienen algún valor definitivo. El frenesí de cambiar el nombre de todas las carreras medias adoptando el de carreras superiores (concejal = alcalde técnico) ha sido una más de entre las

innumerables manifestaciones de este proceso demagógico que termina cuando las palabras pierden ya todo valor. Y esta inflación «nominal» ha sido anterior a la actual económica, aunque seguro que no independiente. Pero el tema es viejo y no data, precisamente, del siglo pasado. El problema de la demagogia política preocupó incluso en exceso a Platón, aunque uno no sabría decir hasta qué punto es aceptable el planteamiento del pensador heleno en este punto.

Cuando se suprimían, hace unos años, alegremente, el ingreso de bachillerato, reválidas y «preu», recuerdo que un viejo catedrático de Instituto —hoy por desgracia, fallecido— comentó con cierta pedantería: «Si esos señores que quitan esas pruebas obligatorias hubieran leído a Platón —que no lo han leído—, sabrían de antemano que cuando intenten restaurarlas —dado que son imprescindibles— serán indefectiblemente defenestrados». La profecía del viejo catedrático —que entonces nos hizo sonreír a todos— aún no se cumplió. Pero tampoco puede decirse que falte mucho...

Nuestro Ayuntamiento ha convocado un concurso de fotografías sobre la ciudad. Tener conciencia de los propios males es el primer paso para ponerles remedio. Esperemos que en esas fotografías se llame a las cosas por su nombre, que no sirvan para encubrir la realidad, es decir, que no sean «técnicas»; que sean fotografías-fotografías en el mismo sentido en que decimos ingenieros-ingenieros. Aunque, si aparecen las cosas como son —incluida alguna casa construida en plena acera— puede haber, no defenestración —como decía el viejo catedrático—, pero sí lo que corresponde, según la sabiduría popular, a quienes van todos los años a Sevilla.



—UN POCO MÁS Y SALTAS SIN SALIRTE DE LA ACERA LA CASA DEL SEÑOR CONCEJAL.
—EN ESO ESTOY, MAESTRO, PERO ES MUY ALTA